

MARCOS MOSHINSKY

Las condiciones de trabajo en el Instituto de Física antes de la construcción de Ciudad Universitaria eran realmente vergonzosas. Vivíamos arrimados en el Palacio de Minería. Nos habían prestado un salón en el que convivían apretados el director, su secretaria y cuatro investigadores. No había laboratorios y sólo disponíamos de algunas mesas y algunos libreros.

En la azotea del edificio teníamos una tienda de campaña que servía para cubrir una máquina con la que hacíamos mediciones de rayos cósmicos. Eso era todo. Afortunadamente, cuando se comenzó a formalizar el proyecto de CU, se reconoció la importancia del área científica. Gente como el doctor Alberto Barajas, el doctor Carlos Graef, que era amigo personal de Carlos Lazo, y el ingeniero Nabor Carrillo influyeron para que a la ciencia se le diera el lugar que se merecía dentro del campus. Por ejemplo, el doctor Carlos Graef logró la construcción del Van de Graeff que nos permitió trabajar de manera más competitiva en el área de la física nuclear. Y a cambio de nuestra casa de campaña en la azotea obtuvimos un edificio especial para la medición de rayos cósmicos.

Todo esto dio como resultado que se incrementara la producción de artículos de primer nivel, que se publicaron en revistas internacionales. De inmediato quedó demostrado que los científicos mexicanos podíamos producir ciencia de primer nivel. Lo que necesitábamos eran condiciones decentes para trabajar.



Foto: CESU